

COLECCIÓN SINFONÍA



PALABRAS PARA
LA DEMOCRACIA
SELECCIÓN DE ENSAYOS

Victor Hugo



ESAP
ESCUELA SUPERIOR DE
ADMINISTRACIÓN PÚBLICA

“

Ciudadanos,
seamos enemigos
del enemigo y
amigos entre
nosotros. Seamos
un solo ánimo
para combatirlo
y un solo corazón
para amarnos.
¡Ah, ciudadanos:
fraternidad!

”

PALABRAS PARA LA DEMOCRACIA

Catalogación en la publicación - Grupo Biblioteca y CDIM

Hugo, Victor Marie, Conde, 1802-1885

Palabras para la democracia : selección de ensayos / Victor Hugo ; Pablo Cuartas, traductor. -- Bogotá : Escuela Superior de Administración Pública-ESAP, 2026. 88 páginas. -- (Colección Sinfonía)

ISBN 978-958-609-203-6 (papel). -- ISBN 978-958-609-204-3 (electrónico)

1. Democracia - Ensayos, conferencias, etc. 2. Ciencia política - Ensayos, conferencias, etc.
3. Justicia social - Ensayos, conferencias, etc. 4. Soberanía - Ensayos, conferencias, etc. 5. Libertad de enseñanza - Ensayos, conferencias, etc. 6. Iglesia y Estado - Ensayos, conferencias, etc. 7. Sufragio - Ensayos, conferencias, etc. 8. Francia - Política y gobierno - Siglo XIX - Ensayos, conferencias, etc. 9. Participación de la mujer - Ensayos, conferencias, etc. I. Hugo, Victor Marie, Conde, 1802-1885 II. Cuartas, Pablo, traductor III. Título IV. Serie.

CDD-22: 320



Palabras para la democracia: Selección de ensayos de Víctor Hugo

Victor Hugo, autor

Pablo Cuartas, traductor

ISBN: 978-958-609-203-6 (papel)

E-ISBN: 978-958-609-204-3 (electrónico)

2026

© Escuela Superior de Administración Pública

Director Nacional: Jorge Iván Bula

Subdirección Nacional de Servicios Académicos

Grupo de Publicaciones

Editorial ESAP

grupo.publicaciones@esap.edu.co

<https://www.esap.edu.co/>

<https://libros.esap.edu.co/>

Coordinación editorial Óscar A. Chacón Gómez

Corrección de estilo Lorena Castro Castro

Diagramación Diego Mesa Quintero

Imagen de cubierta Getty - Museum Collection, dominio público:

<https://www.getty.edu/art/collection/object/104596#full-artwork-details>

Escuela Superior de Administración Pública (ESAP)

Grupo Publicaciones. Calle 44 #53-37, Bogotá, D. C.

(+57) 601 795 6110



Este libro cuenta con una versión electrónica bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0), disponible en el portal de libros de la ESAP y en el Repositorio CDIM.

Hecho en Bogotá, D. C., Colombia, 2026

PALABRAS PARA
LA DEMOCRACIA
SELECCIÓN DE ENSAYOS

Victor Hugo

Pablo Cuartas (traductor)

Escuela Superior de Administración Pública



NOTRE-DAME DE PARIS

J'ai écrit les trois premiers
pages de Notre-Dame de Paris le 29 juillet
1830. Le lendemain de juillet ininterrompue.
puis me suis fait aider par un maître.
(qu'on dit être lui!) je me suis à écrire
Notre-Dame de Paris le 1^{er} septembre, par
l'usage que j'ai fait le 15 janvier 1831

Les autres pages ont été écrites par Victor Hugo
à la fin de son exil en Belgique. Les deux
pages de la fin ont été écrites par Victor Hugo
à la fin de son exil en Belgique.

Muestra caligráfica del autor en la primera página
del manuscrito de *Notre-Dame de Paris*. Copia de
la *Encyclopédie Autodidactique Quillet*, Tomo 3, 1960.

Original en la Bibliothèque Nationale.

Fuente: <https://da.wikipedia.org/wiki/>

Fil:Notre_Dame_de_Paris_Victor_Hugo_

Manuscrit_d%C3%A9tour%C3%A9_1.png#globalusage

LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA

ASAMBLEA LEGISLATIVA, 15 DE ENERO DE 1850

Señores:

Cuando se abre una discusión sobre los asuntos más serios del destino del país, hay que ir de inmediato, y sin dudar, al fondo de la cuestión.

Empiezo por decir lo que quisiera; luego diré lo que no quiero.

Señores, a mi juicio, el fin —difícil de alcanzar y sin duda lejano— al que hay que tender en esta grave cuestión de la enseñanza es este (“¡Más alto! ¡Más alto!”).

Señores, toda cuestión tiene su ideal. Para mí, el ideal de la enseñanza es este: la instrucción gratuita y obligatoria. Obligatoria solo en el primer grado, gratuita en todos los grados (murmillos a la derecha, aplausos a la izquierda). La instrucción primaria

obligatoria es el derecho del niño (murmullos), que —no se engañen— es aún más sagrado que el derecho del padre y se confunde con el derecho del Estado.

Retomo. He aquí pues, para mí, el ideal de la cuestión: la instrucción gratuita y obligatoria en la medida que acabo de señalar. Una grandiosa enseñanza pública, impartida y regulada por el Estado, que parte de la escuela del pueblo y asciende, grado a grado, hasta el Colegio de Francia, y más arriba aún, hasta el Instituto de Francia. Las puertas de la ciencia bien abiertas para todas las inteligencias. Donde haya un campo, donde haya un espíritu, que haya un libro. Ni un municipio sin escuela, ni una ciudad sin colegio, ni una capital de provincia sin facultad. Un vasto conjunto, o mejor, una vasta red de talleres intelectuales —liceos, gimnasios, colegios, cátedras, bibliotecas— entrecruzando su irradiación sobre la superficie del país, despertando en todas partes las aptitudes y encendiendo por doquier las vocaciones. En una palabra, la escala del conocimiento humano, firmemente alzada por la mano del Estado, apoyada en la sombra de las masas más profundas y oscuras, y que desemboca en la luz. Sin solución de continuidad: el corazón del pueblo comunicado con el cerebro de Francia (largos aplausos).

Así es como entendería la educación pública nacional. Señores, junto a esta magnífica instrucción gratuita, que solicita las inteligencias de todo orden, ofrecida por el Estado, que da a todos, sin costo, a los mejores maestros y los mejores métodos, modelo de ciencia y de disciplina, francesa, cristiana, liberal, que elevaría, sin duda alguna, el genio nacional a su más alto grado de intensidad, pondría sin vacilar la libertad de enseñanza: la libertad de enseñanza para los maestros particulares, la libertad de enseñanza para las corporaciones religiosas, la libertad de enseñanza plena, entera, absoluta, sometida a las leyes generales como todas las demás libertades; y no tendría necesidad limitar esta libertad con el poder intranquilo del Estado como vigilante porque le daría la enseñanza gratuita del Estado como contrapeso (“¡Bravo!” a la izquierda, murmullos a la derecha).

Esto, señores, repito, el ideal. No se alarmen: estamos lejos de alcanzarlo, pues la solución del problema encierra una cuestión financiera considerable, como todos los problemas sociales del presente.

Señores, era necesario indicar ese ideal, porque siempre hay que decir hacia dónde se tiende. Ofrece innumerables puntos de vista, pero no ha llegado la

hora de desarrollarlo. Raciono el tiempo de la asamblea y entro de inmediato en la cuestión en su realidad positiva actual. La tomo donde hoy se encuentra, en el punto relativo de madurez al que la han llevado, por una parte, los acontecimientos y, por otra, la razón pública.

Desde ese punto de vista restringido, pero práctico, de la situación presente, quiero —lo declaro— la libertad de enseñanza, pero quiero la vigilancia del Estado; y como quiero esa vigilancia efectiva, quiero el Estado laico, puramente laico, exclusivamente laico. El honorable señor Guizot lo ha dicho antes que yo: en materia de enseñanza, el Estado no es y no puede ser sino laico.

Quiero, digo, la libertad de enseñanza bajo la vigilancia del Estado; y para personificar al Estado en esa vigilancia tan delicada y difícil, que exige el concurso de todas las fuerzas vivas del país, no admito sino hombres que, perteneciendo sin duda a las carreras más ilustres, no tengan ningún interés, ni de conciencia ni político, distinto de la unidad nacional. Esto equivale a decir que no introduzco, ni en el consejo superior de vigilancia ni en los consejos secundarios, ni obispos ni delegados de obispos. Por mi parte, pretendo mantener y, llegado el caso, hacer más profunda que nunca esa antigua y

saludable separación de la Iglesia y el Estado —que fue la utopía de nuestros padres— para beneficio tanto de la Iglesia como del Estado (aclamaciones a la izquierda, protestas a la derecha).

Acabo de decirles lo que quisiera. Ahora, he aquí lo que no quiero:

No quiero que prospere la ley que se ha puesto a su consideración.

¿Por qué?

Señores, esa ley es un arma.

Un arma nada es por sí misma; solo existe por la mano que la empuña.

¿Y cuál es la mano que empuñará esa ley?

Ahí está toda la cuestión.

Señores, es la mano del partido clerical (“¡Es verdad!” Larga agitación).

Señores, temo esa mano, quiero romper esa arma, rechazo ese proyecto.

Dicho esto, entro en la discusión.

Abordo de inmediato, y de frente, una objeción que se hace a los opositores que comparten mi punto de vista, la única objeción que tiene apariencia de gravedad.

Se nos dice: “Ustedes excluyen al clero del consejo de vigilancia del Estado; ¿quieren, pues, proscribir la enseñanza religiosa?”.

Señores, me explico. Jamás se malinterpretará por mi culpa lo que digo ni lo que pienso.

Lejos de querer proscribir la enseñanza religiosa —¿me oyen bien?—, es, a mi entender, hoy más necesaria que nunca. Cuanto más crece el hombre, más debe creer. Cuanto más se acerca a Dios, mejor debe ver a Dios (murmillos).

Hay una desgracia en nuestro tiempo —casi diría que es la única—: cierta tendencia a ponerlo todo en esta vida (emoción). Al darle al hombre por fin y por meta solamente la vida terrenal y material, se agravan todas las miserias por la negación que hay al final; se añade al agobio de los desdichados el peso insoportable de la nada, y lo que no era sino sufrimiento —es decir, la ley de Dios— se convierte en desesperación —es decir, la ley del infierno— (larga agitación), de donde surgen hondas convulsiones sociales (“¡Sí, sí!”).

Ciertamente soy de los que quieren —y nadie lo duda en este recinto—, soy de los que quieren, no diré con sinceridad (la palabra es demasiado débil), sino con inefable ardor y por todos los medios posibles, mejorar en esta vida la suerte material de los que sufren; pero la primera de las mejoras es darles la esperanza (“¡Bravo!”, a la derecha). ¡Cuánto se aminoran nuestras

miserias finitas cuando se une a ellas una esperanza infinita! (“¡Muy bien, muy bien!”).

El deber de todos —quienquiera que seamos—, tanto legisladores como obispos, sacerdotes como escritores, es derramar, gastar y prodigar, bajo todas las formas, toda la energía social para combatir y destruir la miseria (“¡Bravo!” a la izquierda) y, al mismo tiempo, hacer que todas las frentes se levanten hacia el cielo (“¡Bravo!” a la derecha), dirigir todas las almas, orientar todas las expectativas hacia una vida ulterior donde se hará justicia. Digámoslo en voz alta: nadie habrá sufrido injusta ni inútilmente. La muerte es una restitución (“¡Muy bien!”, a la derecha. Murmullos). La ley del mundo material es el equilibrio; la ley del mundo moral es la equidad. Dios se encuentra al final de todo. No lo olvidemos y enseñémoslo a todos: no habría ninguna dignidad en vivir, y no valdría la pena, si hubiéramos de morir del todo. Lo que aligera la fatiga, lo que santifica el trabajo, lo que hace al hombre fuerte, bueno, sabio, paciente, benévolo, justo, a la vez humilde y grande, digno de la inteligencia, digno de la libertad, es tener ante sí la visión perpetua de un mundo mejor que irradia a través de las tinieblas de esta vida (viva y unánime aprobación).

Por lo que a mí concierne, ya que el azar quiere que sea yo quien hable en este momento y ponga palabras tan graves en una boca de tan poca autoridad, permítaseme decirlo aquí y declararlo desde lo alto de esta tribuna: creo profundamente en ese mundo mejor; para mí es mucho más real que esa miserable quimera que devoramos y que llamamos vida; está sin cesar ante mis ojos; creo en él con todas las potencias de mi convicción, y, después de muchas luchas, muchos estudios y muchas pruebas, es la suprema certeza de mi razón, como es la suprema consolación de mi alma (honda sensación).

Quiero, pues —quiero sincera, firme y ardientemente—, la enseñanza religiosa; pero quiero la enseñanza religiosa de la Iglesia y no la enseñanza religiosa de un partido. La quiero sincera y no hipócrita (“¡Bravo, bravo!”). La quiero si tiene por fin el cielo y no la tierra (murmullos). No quiero que una cátedra invada a la otra, no quiero mezclar al sacerdote con el profesor. O, si consiento en esa mezcla, yo, legislador, la vigilo; abro sobre los seminarios y sobre las congregaciones docentes el ojo del Estado e, insisto, del Estado laico, celoso únicamente de su grandeza y de su unidad.

Hasta el día —que invoco con todas mis fuerzas— en que pueda proclamarse la libertad completa de

enseñanza, y al comenzar les he dicho en qué condiciones, hasta ese día quiero la enseñanza de la Iglesia dentro de la Iglesia y no fuera de ella. Y sobre todo considero una burla hacer que, en nombre del Estado, el clero vigile la enseñanza del clero. En una palabra —lo repito—, quiero lo que querían nuestros padres: la Iglesia en su casa y el Estado en la suya (“¡Sí, sí!”).

La asamblea ve ya con claridad por qué rechazo el proyecto de ley; pero terminaré de explicarme.

Señores, como les decía hace un momento, este proyecto es algo más —peor, si se quiere— que una ley política: es una ley estratégica (murmullos).

Me dirijo, no ciertamente al venerable obispo de Langres, ni a persona alguna de este recinto, sino al partido que, si no ha redactado, al menos ha inspirado el proyecto de ley, a ese partido a la vez apagado y ardiente: el partido clerical. No sé si está en el gobierno, no sé si está en la asamblea (murmullos); pero lo siento un poco en todas partes (nuevos murmullos). Ese partido tiene buen oído; me escuchará (risas). Pues bien, me dirijo al partido clerical y le digo: esta es su ley. Miren, francamente, desconfío de ustedes. Educar es edificar. Desconfío de lo que están edificando (“¡Muy bien! ¡Muy bien!”).

No quiero confiarles la enseñanza de la juventud, el alma de los niños, el desarrollo de las inteligencias

nuevas que se abren a la vida, el espíritu de las generaciones que llegan, es decir, el porvenir de Francia. No quiero confiarles el porvenir de Francia porque confiárselo sería entregárselo (murmullos).

No me basta con que las nuevas generaciones nos sucedan: quiero que nos continúen. Por eso no quiero ni su mano ni su aliento sobre ellas. No quiero que lo que hicieron nuestros padres sea deshecho por ustedes. Después de aquella gloria, no quiero esta vergüenza (prolongados murmullos).

Su ley es una ley enmascarada (“¡Bravo!”).

Dice una cosa pero haría otra. Es un pensamiento de servidumbre que se disfraza de libertad. Es una confiscación llamada *donación*. No la quiero (aplausos a la izquierda).

Es su costumbre. Cuando forjan una cadena, dicen: “¡He aquí una libertad!”. Cuando hacen una proscripción, gritan: “¡He aquí una amnistía!” (Nuevos aplausos).

¡Ah! No los confundo con la Iglesia, como no confundo el muérdago con el roble. Ustedes son los parásitos de la Iglesia, la enfermedad de la Iglesia (risas). Ignacio es el enemigo de Jesús (viva aprobación a la izquierda). Ustedes no son creyentes sino sectarios de una religión que no comprenden. Ustedes son tramitadores de la santidad. No mezclen a la Iglesia

en sus asuntos, en sus jugadas, en sus estrategias, en sus doctrinas, en sus ambiciones. No la llamen madre para convertirla en sierva (honda sensación). No la atormenten con el pretexto de enseñarle política. Sobre todo, no la identifiquen con ustedes. Vean el daño que le hacen. El señor obispo de Langres se los ha dicho (risas).

Vean cómo languidece desde que están con ella. Se hacen amar tan poco que acabarían por hacerla odiar. En verdad —se los digo— (risas) la Iglesia puede prescindir de ustedes. Déjenla en paz. Cuando ustedes no estén, volveremos a ella. Dejen a esa Iglesia venerable, a esa venerable madre, en su soledad, en su abnegación, en su humildad. ¡Todo eso compone su grandeza! Su soledad atraerá a la multitud; su abnegación es su poder; su humildad es su majestad (viva adhesión).

¡Hablan ustedes de enseñanza religiosa! ¡Saben cuál es la verdadera enseñanza religiosa, aquella ante la cual hay que postrarse, la que no se debe turbar? Es la hermana de la caridad al lecho del moribundo. Es el hermano de la Merced rescatando al esclavo. Es Vicente de Paúl recogiendo al niño expósito. Es el obispo de Marsella en medio de los apestados. Es el arzobispo de París acercándose con una sonrisa a ese formidable arrabal de Saint-Antoine,

alzando su crucifijo por encima de la guerra civil y preocupándose poco de recibir la muerte con tal de traer la paz (“¡Bravo!”). He ahí la verdadera enseñanza religiosa, la enseñanza religiosa real, profunda, eficaz y popular, la que, por dicha de la religión y de la humanidad, hace todavía más cristianos que los que ustedes deshacen (largos aplausos a la izquierda).

¡Ah! ¡Los conocemos! Conocemos al partido clerical. Es un viejo partido que tiene orden de servicios (risas). Es él quien hace guardia a la puerta de la ortodoxia (risas). Es él quien ha encontrado para la verdad esos dos puntales maravillosos: la ignorancia y el error. Es él quien prohíbe a la ciencia y al genio ir más allá del misal y quien quiere enclaustrar el pensamiento en el dogma. Todos los pasos que ha dado la inteligencia de Europa, los ha dado a pesar de ese partido. Su historia está escrita en la historia del progreso humano, pero está escrita al revés (agitación). Se ha opuesto a todo (risas).

Fue ese partido el que hizo azotar a Prinelli por haber dicho que las estrellas no caerían; el que aplicó veintisiete veces la tortura a Campanella por haber afirmado que el número de los mundos era infinito y por haber vislumbrado el secreto de la creación; el que persiguió a Harvey por haber probado que la sangre circulaba. En nombre de J osué encerró a

Galileo; en nombre de san Pablo encarceló a Cristóbal Colón (emoción). Descubrir la ley del cielo era una impiedad; hallar un mundo, una herejía. Fue ese partido el que anatematizó a Pascal en nombre de la religión, a Montaigne en nombre de la moral, a Molière en nombre de la moral y de la religión. Claro que sí, quienquiera que sean, llámense partido católico cuando son el partido clerical, sabemos quiénes son. Hace ya mucho que la conciencia humana se subleva contra ustedes y les pregunta: ¿Qué quieren de mí? Hace ya mucho que intentan ponerle bozal al espíritu humano (aclamaciones a la izquierda).

¡Y ustedes quieren ser los dueños de la enseñanza! ¡Y no hay un poeta, ni un escritor, ni un filósofo, ni un pensador, a quien acepten! Y todo lo que se ha escrito, hallado, soñado, deducido, iluminado, imaginado, inventado por los genios, el tesoro de la civilización, la herencia secular de las generaciones, el patrimonio común de las inteligencias, ¡ustedes lo rechazan! Si el cerebro de la humanidad estuviera ahí, ante sus ojos, a su discreción, abierto como la página de un libro, ¡le harían tachaduras! (“¡Sí, sí!”) ¡Confiésenlo! (Prolongados murmullos).

Por fin hay un libro, un libro que parece de cabo a rabo una emanación superior; un libro que es para el universo lo que el Corán para el islam, lo que los Vedas

para la India; un libro que contiene toda la sabiduría humana iluminada por toda la sabiduría divina; un libro que la veneración de los pueblos llama *el Libro*; ¡la *Biblia*! Pues bien, ¡su censura ha llegado hasta ahí! ¡Cosa inaudita! ¡Algunos papas han proscrito la *Biblia*! ¡Qué asombro para los espíritus sabios, qué espanto para los corazones sencillos ver el Índice de Roma posado sobre el libro de Dios! (Viva adhesión a la izquierda).

¡Y ustedes reclaman la libertad de enseñanza! Seamos sinceros y pongámonos de acuerdo sobre la libertad que reclaman: es la libertad de no enseñar (aplausos a la izquierda, vivas protestas a la derecha).

¡Ah! ¡Quieren que se les confíen pueblos para instruir! Muy bien. Veamos a sus alumnos. Veamos sus productos (risas). ¿Qué han hecho de Italia? ¿Qué han hecho de España? Desde hace siglos tienen en sus manos, a su discreción, en su escuela, bajo su férula, a esas dos grandes naciones, ilustres entre las más ilustres; ¿qué han hecho de ellas? (Murmillos).

Se los diré. Gracias a ustedes, Italia —cuyo nombre nadie que piense puede ya pronunciar sin un dolor filial inexpresable—, Italia, esa madre de los genios y de las naciones, que ha derramado sobre el universo todas las maravillas más deslumbrantes de la poesía y de las artes, Italia, que enseñó a leer al género humano, ¡Italia hoy no sabe leer! (Hondísima sensación).

Sí, ¡Italia es de todos los Estados de Europa aquel en que hay menos naturales que sepan leer! (Protestas a la derecha, gritos violentos).

España, magníficamente dotada, España, que recibió de los romanos su primera civilización, de los árabes su segunda civilización, de la Providencia —y a pesar de ustedes— un mundo, América; España ha perdido, gracias a ustedes, gracias a su yugo embrutecedor —que es un yugo de degradación y de mengua— (aplausos a la izquierda), España ha perdido aquel secreto de la potencia que recibió de los romanos, aquel genio de las artes que recibió de los árabes, aquel mundo que recibió de Dios; y, a cambio de todo lo que le han hecho perder, ha recibido de ustedes la Inquisición (murmullos).

La Inquisición, que algunos miembros del partido intentan hoy rehabilitar con un pudor tímido que les reconozco (larga hilaridad a la izquierda, protestas a la derecha). La Inquisición, ¡que ha quemado en la hoguera o asfixiado en los calabozos a cinco millones de hombres! (Negaciones a la derecha). ¡Lean la historia! La Inquisición, que exhumaba a los muertos para quemarlos como herejes —baste recordar a Urgel y Arnaldo, conde de Forcalquier—. La Inquisición, que declaraba a los hijos de los herejes, hasta la segunda generación, infames e indignos de honor público

alguno, exceptuando únicamente —son términos de las sentencias— a aquellos que hubieran denunciado a su padre (largo movimiento). La Inquisición, que, en el momento en que hablo, guarda aún en la biblioteca vaticana los manuscritos de Galileo cerrados y sellados con el sello del Índice (agitación). Es verdad que, para consolar a España por lo que le quitan y por lo que le dan, la han apodado “la Católica” (rumores a la derecha).

¡Ah! ¿Saben? Arrancaron ustedes a uno de sus más grandes hombres este grito doloroso que los acusa: “¡Prefiero que sea grande a que sea católica!” (Gritos a la derecha, larga interrupción. Varios miembros de la Asamblea interpelan violentamente al orador).

¡Esas son sus obras maestras! Ese hogar que se llamaba Italia, lo han apagado. Ese coloso que se llamaba España, lo han minado. Una está en cenizas; la otra, en ruinas. Eso es lo que han hecho con dos grandes pueblos. ¿Qué quieren hacer con Francia? (Prolongada agitación).

Miren, vienen ustedes de Roma; los felicito. Han tenido allí un hermoso éxito (risas y bravos a la izquierda). Acaban de amordazar al pueblo romano; ahora quieren amordazar al pueblo francés. Lo comprendo: es aún más hermoso, tiente. Solo que

¡cuidado! Es difícil. Este es un león completamente vivo (agitación).

¿A qué apuntan, pues? Se los diré. Quieren atentar contra la razón humana. ¿Por qué? Porque hace la luz (“¡Sí, sí!”. “¡No, no!”).

Sí: ¿quieren que les diga qué les molesta? Esa enorme cantidad de luz libre que Francia irradia desde hace tres siglos; luz toda hecha de razón, luz hoy más deslumbrante que nunca, luz que hace de la nación francesa la nación que ilumina, de tal modo que se percibe la claridad de Francia sobre el rostro de todos los pueblos del universo (emoción). Pues bien, esa claridad de Francia, esa luz libre, esa luz directa, esa luz que no viene de Roma, que viene de Dios, ¡eso es lo que quieren apagar; y eso es lo que nosotros queremos conservar! (“¡Sí, sí!”. Bravos a la izquierda).

Rechazo su ley. La rechazo porque confisca la enseñanza primaria, porque degrada la enseñanza secundaria, porque rebaja el nivel de la ciencia, porque disminuye a mi país (emoción).

La rechazo porque soy de los que sienten un nudo en la garganta y rubor en la frente cada vez que Francia sufre, por cualquier causa, una mengua: ya sea una mengua de territorio, como por los tratados de 1815,

ya sea una mengua de grandeza intelectual, ¡como por su ley! (Vivos aplausos a la izquierda).

Señores, antes de terminar, permítanme dirigir desde lo alto de esta tribuna, al partido clerical, al partido que nos invade (¡escuchen! ¡escuchen!), un consejo serio (rumores a la derecha).

No es habilidad lo que le falta. Cuando las circunstancias lo ayudan, es fuerte, muy fuerte, ¡demasiado fuerte! (Murmillos). Sabe el arte de mantener a una nación en un estado mixto y lamentable, que no es la muerte pero que ya no es la vida (¡es verdad!). A eso lo llama *gobernar* (risas). Es el gobierno por la letargia (nuevas risas).

Pero tengan cuidado: nada semejante le conviene a Francia. Es un juego temerario dejar entrever —aunque solo sea entrever— a Francia ese ideal que sigue: la sacristía soberana, la libertad traicionada, la inteligencia vencida y atada, los libros desgarrados, el sermón reemplazando a la prensa, la oscuridad en las mentes por la sombra de las sotanas, los genios domados por los monaguillos (aclamaciones a la izquierda, furiosas negaciones a la derecha).

Es cierto: el partido clerical es hábil; pero no por eso deja de ser ingenuo (hilaridad). ¿Cómo? ¡Le teme al socialismo! ¿Cómo? Ve subir la marea —según dice— y le opone, a esa marea que sube, no sé qué

barrera calada. Ve subir la marea y se imagina que la sociedad quedará salvada porque ha combinado, para defenderla, hipocresía social con resistencia material, y porque ha puesto un jesuita allí donde hace falta un gendarme (risas y aplausos). ¡Qué lástima!

Lo repito: que tenga cuidado; el siglo XIX le es contrario. Que no se obstine, que renuncie a intentar dominar esta gran época, llena de instintos profundos y nuevos; de lo contrario, no hará sino irritarla, desarrollará imprudentemente el lado temible de nuestro tiempo y hará surgir terribles eventualidades. Sí: con ese sistema que hace salir —insisto— la educación de la sacristía y el gobierno del confesionario... (larga interrupción. Gritos: ¡Al orden! Varios miembros de la derecha se levantan. El señor presidente y el señor Victor Hugo intercambian un diálogo que no llega hasta nosotros. Violento tumulto. El orador reanuda, volviéndose hacia la derecha).

Señores, dicen ustedes que quieren mucho la libertad de enseñanza; procuren querer un poco la libertad del orador (risas, el ruido se calma).

Con esas doctrinas que una lógica inflexible y fatal arrastra, a pesar de los hombres mismos, y fecunda para el mal; con esas doctrinas que horrorizan cuando se miran en la historia... (nuevos gritos: ¡Al orden! El orador se detiene).

Señores, el partido clerical —ya se los dije— nos invade. Yo lo combato y, en el momento en que ese partido se presenta con una ley en la mano, es mi derecho de legislador examinarla y examinar a ese partido. No me impedirán hacerlo (¡muy bien!). Prosigo.

Sí: con ese sistema, esa doctrina y esa historia, que el partido clerical lo sepa: dondequiera que esté, engendraré revoluciones; la gente en todas partes, para evitar a Torquemada, elegirá a Robespierre (emoción). Eso es lo que hace del partido que se nombra *partido católico* un serio peligro público. Y aquellos que, como yo, temen por igual para las naciones el trastorno anárquico y el sopor sacerdotal, lanzan el grito de alarma. ¡Mientras haya tiempo, piénsese con cuidado! (Clamor a la derecha).

Me interrumpen. Los gritos y los murmullos cubren mi voz. Señores, les hablo no como agitador sino como hombre de bien. (¡Escuchen!, ¡escuchen!) ¿Acaso —díganme— les inspiro sospecha?

Gritos a la derecha: “¡Sí, sí!”.

¿Qué? ¿Dice que les inspiro sospecha?

Gritos a la derecha: “¡Sí, sí!”.

(Tumulto indecible. Parte de la derecha se levanta e interpela al orador, impassible en la tribuna).

Pues bien, sobre este punto hay que explicarse (vuelve el silencio). Es, por así decir, un hecho personal. Escucharán, creo, una explicación que ustedes mismos han provocado. ¡Ah! ¿Les inspiro sospecha? ¿Y de qué?

¿Les inspiro sospecha? ¡Pero si el año pasado defendía el orden en peligro como hoy defendiendo la libertad amenazada! ¡Como mañana defenderé el orden, si el peligro vuelve de ese lado! (Murmullos).

¿Les inspiro sospecha? ¡Pero si estaba cumpliendo mi mandato de representante de París, previniendo el derramamiento de sangre en las barricadas de junio! (Bravos a la izquierda, nuevos gritos a la derecha. El tumulto recomienza).

¡Bueno! No quieren ni siquiera oír una voz que defiende resueltamente la libertad. Si yo les parezco sospechoso, ustedes lo son para mí. Entre nosotros juzgará el país (“¡Muy bien, muy bien!”).

Señores, una última palabra. Quizá soy de aquellos que han tenido la dicha de prestarle a la causa del orden, en tiempos difíciles, en un pasado reciente, algunos servicios oscuros. Se habrán podido olvidar tales servicios; no los recordaré. Pero, en este momento, tengo derecho a apoyarme en ellos (“¡No, no!”. “¡Sí, sí!”).

Pues bien, apoyado en ese pasado, declaro que a Francia le hace falta, a mi juicio, el orden —pero el orden vivo, que es el progreso—; el orden tal como resulta del crecimiento normal, pacífico y natural del pueblo; el orden que se realiza a la vez en los hechos y en las ideas por el pleno resplandor de la inteligencia nacional. ¡Eso es exactamente lo contrario de su ley! (Viva adhesión a la izquierda).

Soy de los que quieren para este noble país la libertad y no la opresión, el crecimiento continuo y no la disminución, la potencia y no la servidumbre, la grandeza y no la nada (“¡Bravo!”, a la izquierda). ¿Cómo? ¡Esas son las leyes que nos traen! ¿Cómo? Ustedes, gobernantes, legisladores, ¡quieren detenerse! ¡Quieren detener a Francia! ¡Quieren petrificar el pensamiento humano, sofocar la antorcha divina, cosificar el espíritu! (“¡Sí, sí!”. “¡No, no!”). ¿Pero no ven el material mismo del tiempo en que están? ¿Están en su siglo como extranjeros? (Honda sensación).

¿Cómo? ¡En este siglo, en este gran siglo de las novedades, de los advenimientos, de los descubrimientos, de las conquistas, sueñan ustedes con la inmovilidad! (“¡Muy bien!”). ¡En el siglo de la esperanza proclaman ustedes la desesperación! (“¡Bravo!”). ¿Cómo? Tiran al piso, como peones fatigados, la gloria, el pensamiento, la inteligencia, el progreso, el porvenir, y

dicen: “¡Basta! No vayamos más lejos; ¡detengámonos!” (negaciones a la derecha). ¿Pero es que no ven que todo va, viene, se mueve, crece, se transforma y se renueva alrededor de ustedes, por encima de ustedes, por debajo de ustedes? (Murmullos).

¡Ah! ¡Quieren detenerse! Pues bien — se los repito con profundo dolor, yo que detesto las catástrofes y los derrumbes—, se los advierto con el alma en la mano (risas a la derecha): ¿no quieren el progreso? ¡Tendrán revoluciones! (Profunda agitación). A los que de manera insensata dicen “La humanidad no avanzará”, Dios les responde con temblores de tierra.

(Largos aplausos a la izquierda. El orador, bajando de la tribuna, es rodeado por numerosos miembros que lo felicitan. La Asamblea se separa presa de una viva emoción).

EL SUFRAGIO UNIVERSAL

ASAMBLEA LEGISLATIVA, 20 DE MAYO DE 1850

Señores:

La Revolución de Febrero —y, por mi parte, puesto que parece vencida, ya que es calumniada, buscaré todas las ocasiones de glorificarla en lo que tuvo de magnánimo y de bello (“¡Muy bien, muy bien!”)—, la Revolución de Febrero, digo, tuvo dos ideas magníficas. La primera, se los recordaba el otro día, fue elevarse hasta las cumbres del orden político y arrancar de ellas la pena de muerte; la segunda, elevar de repente las regiones más humildes del orden social al nivel de las más altas e instalar allí la soberanía.

Doble y pacífica victoria del progreso que, por una parte, elevaba a la humanidad y, por otra, constituía al pueblo, que llenaba de luz al mismo tiempo el mundo político y el mundo social y que regeneraba

y consolidaba a la vez a ambos: al uno por la clemencia, al otro por la igualdad (“¡Bravo!” a la izquierda).

Señores, el gran acto, a la vez político y cristiano, por el cual la Revolución de Febrero hizo penetrar su principio hasta las mismas raíces del orden social, fue el establecimiento del sufragio universal: hecho capital, inmenso, acontecimiento considerable que introdujo en el Estado un elemento nuevo, irrevocable, definitivo. Adviertan, señores, todo su alcance. Ciertamente, fue una gran cosa reconocer el derecho de todos, componer la autoridad universal con la suma de las libertades individuales, disolver lo que quedaba de castas en la augusta unidad de una soberanía común y llenar con un mismo pueblo todos los compartimentos del viejo mundo social; ciertamente, eso fue grande; pero, señores, es sobre todo en su acción sobre las clases calificadas hasta entonces de clases inferiores donde estalla la belleza del sufragio universal (risas irónicas a la derecha).

Señores, sus risas me obligan a insistir. Sí, el aspecto maravilloso del sufragio universal, el aspecto eficaz, el aspecto político, el aspecto profundo, no fue levantar el extraño veto electoral que pesaba, sin que se pudiera adivinar por qué —pero esa era la sabiduría de los grandes hombres de Estado de aquel tiempo (risas a la izquierda), que son los mismos que

ahora... (nuevas risas aprobatorias a la izquierda)—; no fue, digo, levantar el extraño veto electoral que pesaba sobre una parte de lo que se llamaba *la clase media*, e incluso de lo que se llamaba *la clase alta*; no fue restituir su derecho al hombre que era abogado, médico, letrado, administrador, oficial, profesor, sacerdote o magistrado, y que no era elector; al hombre que era juez y que no era elector; al hombre que era miembro del Instituto y que no era elector; al hombre que era par de Francia y que no era elector; no, el aspecto maravilloso, lo repito, el aspecto profundo, eficaz, político, del sufragio universal fue ir a buscar en las regiones dolorosas de la sociedad, en los bajos fondos, como ustedes dicen, al ser encorvado bajo el peso de las negaciones sociales, al ser maltratado que, hasta entonces, no había tenido otra esperanza que la revuelta, y llevarle la esperanza bajo otra forma y decirle: “¡Vota! No peles más” (agitación). Fue devolverle su parte de soberanía a quien hasta entonces no había tenido más que su parte de sufrimiento...

Fue ir a abordar, en sus tinieblas materiales y morales, al desdichado que, en los extremos de su miseria, no tenía otra arma, otra defensa, otro recurso que la violencia, y a quitarle la violencia y ponerle en las manos, en lugar de la violencia, ¡el derecho! (Prolongados vivos). Sí, la gran sabiduría

de esta Revolución de Febrero que, tomando por base de la política el Evangelio (a la derecha: ¡Qué impiedad!), instituyó el sufragio universal; su gran sabiduría y, al mismo tiempo, su gran justicia, no fue solamente confundir y dignificar en el ejercicio de un mismo poder soberano al burgués y al proletario sino ir a buscar, en el abatimiento, en el abandono, en el desamparo, en esa postración que tan malos consejos da, al hombre de la desesperación y decirle: “¡Espera!”; al hombre colérico, decirle: “¡Razona!”; al mendigo, como se le llama, al vagabundo, como se le llama, al pobre, al indigente, al desheredado, al desdichado, al miserable, como se le llama, ¡y consagrarlo ciudadano! (aclamación a la izquierda).

Vean, señores, cómo lo que es profundamente justo es, al mismo tiempo, profundamente político: el sufragio universal, al dar una papeleta a quienes sufren, les quita el fusil. Al darles el poder, les da la calma. Todo lo que engrandece al hombre lo apacigua (movimiento).

El sufragio universal les dice a todos —y no conozco fórmula más admirable de la paz pública—: “Estén tranquilos, ustedes son soberanos” (emoción general).

Y añade: “¿Sufren? Pues bien, no agraven sus sufrimientos, no agraven las miserias públicas con

revueltas. ¿Sufren? Pues bien, desde ahora van a trabajar ustedes mismos en la gran obra de la destrucción de la miseria, por medio de hombres que serán de ustedes, por medio de hombres en quienes pondrán su alma y que serán, en cierto modo, su mano. Estén tranquilos”.

Luego, a quienes se sientan tentados de ser recalcitrantes, les dice:

“¿Han votado? Sí. Han agotado su derecho, todo está dicho. Cuando el voto ha hablado, la soberanía se ha pronunciado. No le corresponde a una fracción deshacer ni rehacer la obra colectiva. Son ciudadanos, son libres, su hora volverá, sepan esperarla. Mientras tanto, hablen, escriban, discutan, objeten, enseñen, iluminen; ilumínense, iluminen a los demás. Tienen hoy, de su lado, la verdad; mañana tendrán la soberanía: son fuertes. ¡Cómo! Dos modos de acción están a su disposición, el derecho del soberano y el papel del rebelde; y ustedes elegirían el papel del rebelde! Eso sería una necedad y un crimen” (aplausos a la izquierda).

He ahí los consejos que el sufragio universal les da a las clases que sufren (“¡Sí, sí!”, a la izquierda, risas a la derecha). Señores, disolver las animosidades, desarmar los odios, hacer caer el cartucho de las manos de la miseria, levantar al hombre injustamente

rebajado y sanear el espíritu enfermo con lo que hay de más puro en el mundo, es decir, el sentimiento del derecho ejercido libremente; quitar a cada uno el derecho de la fuerza, que es el hecho natural y devolverle, en cambio, la parte de soberanía, que es el hecho social; mostrar a los sufrimientos una salida hacia la luz y el bienestar; alejar los vencimientos revolucionarios y dar a la sociedad, advertida, el tiempo de prepararse; inspirar a las masas esa paciencia fuerte que hace a los grandes pueblos: he ahí la obra del sufragio universal, obra eminentemente social desde el punto de vista del Estado, eminentemente moral desde el punto de vista del individuo (profunda emoción).

Medítenlo: en esta tierra de igualdad y de libertad todos los hombres respiran el mismo aire y el mismo derecho. Hay en el año un día en que aquel que les obedece se ve su semejante, en que aquel que les sirve se ve su igual, en que cada ciudadano, entrando en la balanza universal, siente y constata el peso específico del derecho de ciudadanía, y en que el más pequeño hace contrapeso al más grande (“¡Bravo!” a la izquierda; risas a la derecha). Hay un día en el año en que el que se gana el pan —el jornalero, el peón, el hombre que arrastra bultos, el hombre que rompe

pedras al borde de los caminos— juzga al Senado, toma en su mano, endurecida por el trabajo, a los ministros, a los representantes, al presidente de la República, y dice: “¡El poder soy yo!”. Hay un día en el año en que el ciudadano más imperceptible, en que el átomo social participa en la vida inmensa de todo el país, en que el pecho más estrecho se dilata ante el aire vasto de los asuntos públicos; un día en que el más débil siente en sí la grandeza de la soberanía nacional, en que el más humilde siente en sí el alma de la patria (aplausos a la izquierda, risas y desorden a la derecha).

¡Qué aumento de dignidad para el individuo y, por consiguiente, de moralidad! ¡Qué satisfacción y, por consiguiente, qué apaciguamiento! Miren al obrero que va al escrutinio. Entra allí con la frente triste del proletario abatido, sale de allí con la mirada de un soberano (aclamaciones a la izquierda, murmullos a la derecha).

Pues bien, ¿qué es todo eso, señores? Es el fin de la violencia, es el fin de la fuerza brutal, es el fin del motín, es el fin del hecho material y el comienzo del hecho moral (agitación). Es, si me permiten que recuerde mis propias palabras, el derecho de insurrección abolido por el derecho de sufragio (sensación).

¡Y bien! Ustedes, legisladores encargados por la Providencia de cerrar los abismos y no de abrirlos, ustedes que han venido para consolidar y no para derrumbar, ustedes, representantes de este gran pueblo de la iniciativa y del progreso; ustedes, hombres de sabiduría y de razón, que comprenden toda la santidad de su misión y que, sin duda, no le fallarán, ¿saben lo que viene a hacer hoy esta ley fatal, esta ley ciega que se atreve tan imprudentemente a presentárseles? (Profundo silencio).

Viene, lo digo con un estremecimiento de angustia, lo digo con la ansiedad dolorosa del buen ciudadano espantado de las aventuras a las que se precipita a la patria, viene a proponer a la Asamblea la abolición del derecho de sufragio para las clases sufrientes y, por consiguiente, no sé qué restablecimiento abominable e impío del derecho de insurrección (agitación prolongada).

He ahí toda la situación en dos palabras.

Sí, señores, este proyecto, que es toda una política, hace dos cosas: hace una ley y crea una situación.

Una situación grave, inesperada, nueva, amenazadora, complicada, terrible.

Vayamos a lo más urgente. El turno de la ley, considerada en sí misma, llegará. Examinemos primero la situación.

¡Cómo! Después de dos años de agitación y de pruebas, inseparables, hay que decirlo, de toda gran conmoción social, ¡la meta estaba alcanzada!

¡Cómo! ¡La paz estaba hecha! ¡Cómo! Lo más difícil de la solución, el procedimiento, había sido encontrado y, con el procedimiento, la certeza. ¡Cómo! El modo de creación pacífica del progreso había sustituido al modo violento; las impaciencias y las iras habían depuesto las armas; el intercambio del derecho de revuelta por el derecho de sufragio estaba consumado; el hombre de las clases sufrientes había aceptado; había aceptado dulce y noblemente. Ninguna agitación, ninguna turbulencia. El desdichado se había sentido elevado por la confianza social. Este nuevo ciudadano, este soberano restaurado, había entrado en la ciudad con una dignidad serena (aplausos a la izquierda. Desde hace algunos instantes, un ruido casi continuo, procedente de ciertos bancos de la derecha, se mezcla con la voz del orador. Victor Hugo se interrumpe y se vuelve hacia la derecha). Señores, sé bien que estas interrupciones calculadas y sistemáticas (negaciones en la derecha, “¡Sí, sí!” a la izquierda) tienen por objeto desconcertar el pensamiento del orador y quitarle la libertad de pensamiento, que es una manera de quitarle la libertad de palabra. Pero es realmente un juego triste y poco digno de una gran

asamblea (negaciones a la derecha). Por mi parte, pongo el derecho del orador bajo la salvaguarda de la mayoría verdadera, es decir, de todos los espíritus generosos y justos que se sientan en todos los bancos y que son siempre los más numerosos entre los elegidos de un gran pueblo (“¡Muy bien!” a la izquierda, silencio a la derecha). Prosigo: la vida pública había tomado al proletario sin sorprenderlo ni embriagarlo. Los días de elección eran para el país algo mejor que días de fiesta: eran días de calma (“¡Es verdad!”).

Ante esa calma, el movimiento de los negocios, de las transacciones, del comercio, de la industria, del lujo, de las artes, había vuelto a ponerse en marcha; las pulsaciones de la vida regular regresaban. Se había obtenido un resultado admirable. Se había firmado un imponente tratado de paz entre lo que todavía se llama *lo alto* y *lo bajo* de la sociedad (“¡Sí, sí!”).

¡Y es este el momento que escogen para volver a poner todo en duda! ¡Y ese tratado firmado, lo rompen! (agitación). Y es precisamente ese hombre, el último en la escala de la vida, que ahora esperaba remontar poco a poco y tranquilamente, ese pobre, ese desdichado, antaño temible, ahora reconciliado, apaciguado, confiado, fraternal, ¡es él a quien su ley va a buscar! ¡Para qué? ¡Para hacer una cosa insensata, indigna, odiosa, anárquica, abominable! ¡Para

quitarle su derecho al voto! ¡Para arrancarlo de las ideas de paz, de conciliación, de esperanza, de justicia, de concordia y, por consiguiente, para devolverlo a la tentación de la violencia! ¡Pero qué hombres de desorden son ustedes, en últimas!¹ (nueva agitación).

¡Cómo! ¡El puerto había sido encontrado y son ustedes quienes reanudan las aventuras! ¡Cómo! ¡El pacto estaba concluido y son ustedes quienes lo violan!

¿Y por qué esta violación del pacto? ¿Por qué esta agresión en plena paz? ¿Por qué estos arrebatos? ¿por qué esta afrenta? ¿Por qué esta locura? ¿Por qué? Voy a decírselos: porque le ha placido al pueblo, después de haber nombrado a quienes ustedes querían, lo que encontraron muy bueno, nombrar a quienes ustedes no querían, lo que encuentran malo. Porque ha juzgado dignos de su elección a hombres que ustedes juzgaban dignos de sus insultos. Porque es presumible que tiene la osadía de cambiar de opinión sobre ustedes desde que son el poder y puede comparar los actos con los programas, y lo que se había prometido con lo que se ha cumplido (“¡Eso es!”). Porque es probable que no encuentre a su gobierno completamente sublime (“¡Muy bien!”. Risas). Porque parece permitirse no

1 Los conservadores se llamaban a sí mismos *hombres de orden*, miembros del *Partido del Orden* (N. del T.).

admirarlos como corresponde (“¡Muy bien! ¡Muy bien!”. Agitación). Porque se atreve a votar a su antojo, ese pueblo; porque parece tener esa inaudita audacia de imaginarse que es libre y que, según toda apariencia, se le pasa por la cabeza esa otra extraña idea de que es soberano (“¡Muy bien!”); porque, en fin, tiene la insolencia de darles un parecer bajo esa forma pacífica del escrutinio y de no postrarse, pura y simplemente, a sus pies (movimiento). Entonces, se indignan, enfurecen, declaran a la sociedad en peligro, exclaman: “¡Vamos a castigarte, pueblo! ¡Vamos a castigarte, pueblo! ¡Vas a tener que ver con nosotros, pueblo!”. Y, como aquel maniático de la historia, azotan con varas el océano (aclamaciones a la izquierda).

Permita la Asamblea que haga aquí una observación que, en mi opinión, ilumina hasta el fondo, y con una luz verdadera y tranquilizadora, esta gran cuestión del sufragio universal.

¡Cómo! ¡El gobierno quiere restringir, disminuir, podar, mutilar el sufragio universal! ¡Pero lo ha meditado bien?! Vamos, ustedes, ministros, hombres serios, hombres políticos, ¿tienen plena conciencia de lo que es el sufragio universal? ¿El sufragio universal verdadero, el sufragio universal sin restricciones, sin exclusiones, sin desconfianzas, como lo estableció

la Revolución de Febrero, como lo comprenden y lo quieren los hombres de progreso? (en el banco de los ministros: “¡Eso es anarquía ¡No queremos eso!”).

Oigo que me responden: “¡No queremos eso! Eso crea anarquía” (“¡Sí, sí!”, a la derecha). Pues bien, es precisamente lo contrario: crea poder (“¡Bravo!”, a la izquierda.) Sí, hay que decirlo y decirlo bien alto, e insisto en ello; esto, a mi juicio, debería iluminar toda esta discusión: lo que sale del sufragio universal es la libertad, sin duda alguna; pero es aún más el poder que la libertad.

El sufragio universal, en medio de todas nuestras oscilaciones tempestuosas, crea un punto fijo. Ese punto fijo es la voluntad nacional legalmente manifestada; la voluntad nacional, robusto amarre del Estado, ancla de bronce que no se quiebra y que vienen a batir en vano, alternativamente, el flujo de las revoluciones y el reflujó de las reacciones (profunda sensación).

Y, para que el sufragio universal pueda crear ese punto fijo, para que pueda desprender la voluntad nacional en toda su plenitud soberana, es necesario que no tenga nada discutible (“¡Es verdad!”. “¡Eso es!”), es necesario que sea realmente el sufragio universal, es decir, que no deje a nadie, absolutamente a nadie, fuera del voto; que haga de la ciudad cosa de

todos, sin excepción; porque, en materia semejante, hacer una excepción es cometer una usurpación (“¡Bravo!”, a la izquierda.) Es preciso, en una palabra, que no deje a nadie el derecho temible de decir a la sociedad: “¡No te conozco!” (agitación prolongada).

En esas condiciones, el sufragio universal produce el poder, un poder colosal, un poder superior a todos los asaltos, incluso los más terribles; un poder que podrá ser atacado, pero que no podrá ser derribado, ahí están como testimonio el 15 de mayo, ahí está el 23 de junio (“¡Es cierto! ¡es cierto!”). Un poder invencible porque se apoya en el pueblo, como Anteo porque se apoya en la tierra (aplausos a la izquierda). Sí, gracias al sufragio universal ustedes crean y ponen al servicio del orden un poder en el que se condensa toda la fuerza de la nación; un poder para el cual solo hay una cosa imposible: destruir su principio, matar aquello que lo engendró (nuevos aplausos a la izquierda).

Gracias al sufragio universal, en nuestra época en que flotan y se derrumban todas las ficciones, encontramos el fondo sólido de la sociedad. ¡Ah! Están contrariados con el sufragio universal, ¡hombres de Estado! ¡Ah! ¡No saben qué hacer con el sufragio universal! Es el punto de apoyo, el inamovible punto de apoyo que bastaría a un Arquímedes político para levantar el mundo (larga aclamación a la izquierda).

Ministros, hombres que nos gobiernan, al destruir el carácter integral del sufragio universal atentan contra el propio principio del poder, del único poder posible hoy. ¿Cómo no ven eso? Miren, ¿quieren que se los diga? Ustedes mismos no saben qué son ni lo que hacen. No acuso sus intenciones, acuso su ceguera. De buena fe se creen conservadores, reconstructores de la sociedad, organizadores. Pues bien, lamento destruir su ilusión: sin saberlo, candorosamente, inocentemente, son revolucionarios (larga y unánime conmoción).

¡Sí! Y revolucionarios de la especie más peligrosa, ¡revolucionarios ingenuos! (hilaridad general). Tienen —y varios de ustedes ya lo han demostrado— ese talento maravilloso de hacer revoluciones sin verlo, sin quererlo y sin saberlo (nueva hilaridad), queriendo hacer otra cosa (Risas. “¡Muy bien, muy bien!”). Nos dicen: “¡Estén tranquilos!”. Atraparán en sus manos, sin sospechar cuánto pesa, a Francia, a la sociedad, al presente, al porvenir, a la civilización, ¡y la dejarán caer al pavimento por torpeza! ¡Le hacen la guerra al abismo arrojándose de cabeza en él! (larga agitación).

Pues bien, el abismo no se abrirá. El pueblo no saldrá de su calma. Y mantener al pueblo en calma es salvar el porvenir (aplausos a la izquierda, rumores a la derecha).

La inteligente y generosa población parisina lo sabe, ¿ven? Y lo digo sin comprender que tales palabras puedan suscitar murmullos: París ofrecerá ese gran e instructivo espectáculo en el que, si el gobierno es revolucionario, el pueblo será conservador (“¡Bravo, bravo!”. Risas a la derecha).

Tiene que conservar, en efecto, ese pueblo, no solo el porvenir de Francia, sino el porvenir de todas las naciones.

Tiene que conservar el progreso humano del cual Francia es el alma, la democracia de la cual Francia es el foco y esa obra magnífica que Francia realiza y que, desde las alturas de Francia, se difunde sobre el mundo: ¡la civilización por la libertad! (Explosión de aplausos). Sí, el pueblo lo sabe, y pase lo que pase, lo repito, no se moverá. Él, que tiene la soberanía, sabrá tener también la majestad. Esperará, impasible, a que su día, a que el día infalible, a que el día legal amanezca. Como ya lo hace, desde hace ocho meses, a las provocaciones que sean, a las agresiones que sean, opondrá la formidable tranquilidad de la fuerza y contemplará, con la sonrisa indignada y fría del desprecio, sus pobres leyes pequeñas, tan furiosas como débiles, desafiar al espíritu del siglo, desafiar al sentido común público, desafiar a la democracia y

clavar sus desdichadas garras en el granito del sufragio universal (aclamación prolongada a la izquierda).

Señores, una última palabra. He intentado caracterizar la situación. Antes de descender de esta tribuna, permítanme caracterizar la ley.

Esta ley, como antorcha revolucionaria, podría causar temor a los hombres del progreso, pero como medio electoral los deja indiferentes.

No es que esté mal hecha. Al contrario: por ineficaz que sea, es una ley sabia, construida según todas las reglas del arte. Lo reconozco (risas).

Fíjense, cada detalle es una maña. Pasemos, si les parece, esta instructiva revista (Nuevas risas. “¡Muy bien!”).

A la simple residencia decretada por la Constituyente, sustituye, subrepticamente, el domicilio. En lugar de seis meses, escribe tres años y dice: “es la misma cosa” (negaciones a la derecha). En el lugar del principio de la permanencia de las listas, necesaria para la sinceridad de la elección, pone, sin aparentar tocarlo (risas), el principio de la permanencia del domicilio, atentatorio contra el derecho del elector. Sin decir una palabra, tacha el artículo 104 del Código Civil, que no exige para la constatación del domicilio más que una simple declaración y

reemplaza ese artículo 104 por el censo restablecido indirectamente y, a falta de censo, por una suerte de sometimiento electoral mal disimulado del obrero al patrón, del sirviente al amo, del hijo al padre. Crea así, ya no solo con maña sino con imprudencia, una guerra sorda entre el patrón y el obrero, entre el criado y el amo y, peor, entre el padre y el hijo (agitación. “¡Es verdad!”).

Ese derecho de sufragio que, como creo haberlo demostrado, forma parte de la entidad del ciudadano, ese derecho de sufragio sin el cual el ciudadano no existe, ese derecho que hace más que seguirlo, que se incorpora a él, que respira en su pecho, que corre por sus venas con su sangre, que va, viene y se mueve con él, que es libre con él, que nace con él para no morir sino con él, ese derecho inalienable, esencial, personal, vivo, sagrado (risas a la derecha), ese derecho que es el aliento, la carne y el alma de un hombre, su ley se lo toma al hombre y se lo da... ¿a qué? A la cosa inanimada, a la morada, al montón de piedras, al número de la casa. ¡Lo ata a la gleba!² (vivas a la izquierda, murmullos a la derecha).

2 Los vagabundos, migrantes y otros nómadas eran muy mal vistos por una sociedad todavía excesivamente tradicional a mediados del siglo XIX, sobre todo por las

Prosigo.

Emprende y lleva a cabo, como la cosa más sencilla del mundo, esta enormidad: hacer suprimir por el mandatario el título del mandante (agitación). ¿Qué más? Expulsa de la ciudad legal a clases enteras de ciudadanos, proscribire en masa a ciertas profesiones liberales, a los artistas dramáticos, por ejemplo, a quienes el ejercicio de su arte obliga a cambiar de residencia casi todos los años (a la derecha: “¡Tanto mejor! ¡Fuera los actores!”). Conste que, cuando he deplorado la exclusión de una clase de ciudadanos digna entre todas de estima y de interés, de este lado se ha reído y se ha dicho: “¡Tanto mejor!”.

A la derecha: “¡Sí, sí!”.

élites burguesas, atadas a un ideal de notabilidad local fundado en la propiedad patrimonial del domicilio como factor de estabilidad. Ahora bien, estos nómadas, a los que se acusaba de todos los males, crecieron prodigiosamente por el efecto del éxodo rural, las migraciones estacionarias, el desempleo (que lanzaba a los obreros a buscar trabajo de ciudad en ciudad) y del comienzo de la inmigración de mano de obra extranjera. Fueron ellos las principales víctimas de la ley del 31 de mayo. Victor Hugo ve en este privilegio de la estabilidad local un retroceso político, un regreso a viejas prácticas feudales (N. del T.).

El señor Th. Bac: “Es el regreso de la excomuni6n. Sus padres arrojaban a los actores fuera de la Iglesia; ustedes hacen m1s: los arrojan fuera de la sociedad” (“¡Muy bien!”, a la izquierda. A la derecha: “¡SÍ, sÍ!”).

Prosigo el examen de su ley: asimila e identifica al hombre condenado por delito com6n y al escritor golpeado por delito de prensa (a la derecha: “¡Bien hecho!”). Los confunde en la misma indignidad y en la misma exclusi6n (a la derecha: “¡Bien hecho!”). De tal suerte que, si Voltaire viviera, con el presente sistema, que disimula bajo una m1scara de austeridad transparente su intolerancia religiosa y su intolerancia pol3tica, ser3a condenado por ofensa a la moral p6blica y religiosa... (a la derecha: “¡SÍ, sÍ!, y se har3a muy bien”. El se1or Thiers y el se1or de Montalembert se agitan en su esca1o).

El se1or Th. Bac: “¡Y Béranger³! ¡Ser3a indigno!”.
Otras voces: “¡Y el se1or Michel Chevalier⁴!”.

3 Poeta y cantor muy popular en la Restauraci6n y la Monarqu3a de Julio y uno de los principales promotores de la leyenda napole6nica. Estuvo preso en la Restauraci6n por sus canciones antimon1rquicas y antirreligiosas (N. del T.).

4 Consejero de Estado y senador nombrado por Napole6n III, fue uno de los economistas m1s influyentes del Imperio y

No he querido citar a ningún vivo. He tomado uno de los nombres más grandes e ilustres que existen entre los pueblos, una gloria de Francia, y les digo: Voltaire caería bajo su ley y tendrían en la lista de exclusiones e indignidades al reincidente Voltaire (Gran agitación).

A la derecha: “¡Y estaría muy bien!” (Indescribable agitación en todos los bancos).

Estaría muy bien, ¿no es cierto? Sí, tendrían en sus listas de excluidos e indignos al reincidente Voltaire (nuevo movimiento), lo que placería enormemente a Loyola (aplausos a la izquierda y largas carcajadas).

¿Qué quieren que les diga? Esta ley construye, con una habilidad funesta, todo un sistema de formalidades y de plazos que acarrearán caducidades. Está llena de trampas y de pozos donde se perderá el derecho de tres millones de hombres⁵. Señores, esta ley viola —y esto lo resume todo— lo que es anterior y superior a la Constitución: la soberanía de la nación (“¡Sí, sí!”).

preparó sobre todo el tratado librecambista de 1860 entre Francia e Inglaterra (N. del T.).

5 El cálculo es bastante acertado: el censo electoral pasó de 9 600 000 a 6 800 000 aproximadamente (N. del T.).

Contrariamente al texto formal del artículo 1 de esa Constitución⁶, esta ley le atribuye a una fracción del pueblo el ejercicio de la soberanía, que solo le pertenece a la universalidad de los ciudadanos y hace que tres millones de excluidos sean gobernados feudalmente por seis millones de privilegiados. Crea ilotas (agitación), ¡hecho monstruoso! Finalmente, con una hipocresía que es al mismo tiempo una suprema ironía y que, por lo demás, completa admirablemente la honestidad reinante, las cuales llaman amnistías a las proscripciones romanas y libertad a la servidumbre en la enseñanza, esta ley continúa dando a ese sufragio restringido, a ese sufragio mutilado, a ese sufragio privilegiado, a ese sufragio de domiciliados, el nombre de sufragio universal. Así, lo que discutimos en este momento, lo que yo discuto, desde esta tribuna, es la ley del sufragio universal. Señores, de esta ley no diré —¡Dios me libre!— que la ha hecho Tartufo, pero afirmo que

6 El artículo primero de la Constitución republicana del 4 de noviembre de 1848 decía: “La soberanía reside en la universalidad de los ciudadanos franceses. Es inalienable e imprescriptible. Ningún individuo, ninguna fracción del pueblo puede atribuirse su ejercicio” (N. del T.).

la bautizó Escobar⁷ (vivos aplausos e hilaridad en todos los bancos).

¡Pues bien!, insisto: con toda esa acumulación de sutilezas, con todo ese enredo de trampas, con todo ese amontonamiento de astucias, con todo ese andamiaje de combinaciones y de expedientes, ¿saben cuál será, si por imposible llega alguna vez a aplicarse, el resultado de esta ley? La nada.

La nada para ustedes, que la hacen (a la derecha: “¡Eso es asunto nuestro!”).

Porque, como les decía hace un momento, su proyecto de ley es temerario, violento, monstruoso y, sobre todo, mezquino. Nada iguala su atrevimiento, si acaso su impotencia (“¡Sí, es verdad!”).

¡Ah!, si no hiciera correr a la paz pública el inmenso riesgo que acabo de señalar a esta gran asamblea, les diría: “¡Vamos, que se vote! Nada podrá, nada hará. Los electores mantenidos vengarán a los electores suprimidos. La reacción se habrá enrolado en la oposición. Cuenten con ello. El soberano mutilado será un soberano indignado” (viva aprobación a la izquierda).

7 Escobar y Mendoza, jesuita español del siglo XVII, atacado por Pascal en las Provinciales y cuyo nombre se había convertido en sinónimo de hipocresía.

Adelante, procedan; supriman tres millones de electores, supriman cuatro, supriman ocho millones de nueve que hay. Muy bien, el resultado será el mismo para ustedes, si no peor. Lo que no suprimirán son sus faltas; son todos los contrasentidos de su política de compresión⁸; es su incapacidad fatal (risas en el banco de los ministros); es su desconocimiento del país actual; es la antipatía que ese país les inspira y la antipatía que ustedes le inspiran al país. Lo que no suprimirán es el tiempo que avanza, es la hora que suena, es la tierra que gira, es el movimiento ascendente de las ideas, es la disminución progresiva de los prejuicios, es el distanciamiento cada vez mayor entre el siglo y ustedes, entre las jóvenes generaciones y ustedes, entre el espíritu de libertad y ustedes, entre el espíritu filosófico y ustedes (“¡Muy bien, muy bien!”).

8 Término de la época que designaba el conjunto de procedimientos legales, de minucias administrativas y de dispositivos ideológicos tendentes a acallar la opinión socialista, incluso la opinión simplemente republicana. Su relativo fracaso determinó la adopción de la ley del 31 de mayo de 1850, que restringió considerablemente el derecho al voto.

Lo que no suprimirán es este hecho incontrovertible: que, mientras ustedes van en una dirección, la nación va en la otra; que lo que para ustedes es el oriente, para ella es el ocaso; y que dan la espalda al porvenir, mientras este gran pueblo de Francia, con el rostro todo inundado de luz por la aurora de la nueva humanidad que se levanta, da la espalda al pasado (explosión de aplausos a la izquierda).

Vamos, hagan un sacrificio. Les guste o no, el pasado es el pasado. Intenten recomponer sus viejos ejes y sus viejas ruedas; engánchenle diecisiete hombres de Estado, si quieren (risa general). ¡Diecisiete hombres de Estado de refuerzo! (nuevas y prolongadas risas). Arrástrenlo a la plena luz del tiempo presente; pues bien, ¿qué? ¡Seguirá siendo siempre el pasado! Solo se verá mejor su decrepitud, nada más (risas y aplausos a la izquierda. Murmullos a la derecha).

Resumo y termino.

Señores, esta ley es inválida, nula, esta ley está muerta antes incluso de nacer. ¿Y saben qué la mata? ¡Que miente! (profunda sensación). Que es hipócrita en el país de la franqueza, que es desleal en el país de la honradez. ¡Que no es justa, que no es verdadera, que busca en vano crear una falsa justicia y una falsa verdad sociales! No hay dos justicias y dos

verdades: no hay más que una justicia, la que sale de la conciencia y no hay más que una verdad, la que viene de Dios. Hombres que nos gobiernan, ¿saben qué mata su ley? Que, en el momento en que viene furtivamente a robar la papeleta, a hurtar la soberanía del bolsillo del débil y del pobre, se encuentra con la mirada severa, la mirada terrible de la probidad nacional. Luz fulminante bajo la cual su obra de tinieblas se desvanece.

Tómenlo en cuenta. En el fondo de la conciencia de todo ciudadano, del más humilde como del más grande, en el fondo del alma —acepto sus expresiones— del último mendigo, del último vagabundo, hay un sentimiento sublime, sagrado, indestructible, incorruptible, eterno: ¡el derecho! Ese sentimiento, que es el elemento de la razón del hombre; ese sentimiento que es el granito de la conciencia humana; el derecho: he ahí la roca en la que vienen a encallar y romperse las injusticias, las hipocresías, los malos designios, las malas leyes, los malos gobiernos. He ahí el obstáculo oculto, invisible, oscuramente perdido en lo más profundo de los espíritus, pero incesantemente presente y erguido, contra el cual siempre tropezarán y que jamás desgastarán, hagan lo que hagan. Se los digo: pierden el tiempo. ¡No lo arrancarán! ¡No lo harán tambalear! ¡Arrancarían más fácilmente el

escollo del fondo del mar que el derecho del corazón del pueblo! (aclamaciones a la izquierda).

Voto contra este proyecto de ley.

(La sesión se suspende en medio de una agitación indescriptible).

LA MUJER

CARTA DIRIGIDA A LÉON RICHER,
REDACTOR GENERAL DE LA REVISTA
L'AVENIR DES FEMMES

PARÍS, 8 DE JUNIO DE 1872

Señor:

Me uno de todo corazón a su útil manifestación. Desde hace cuarenta años defendiendo la gran causa social a la que usted se consagra noblemente.

Es doloroso decirlo: en la civilización actual hay una esclava. La ley tiene eufemismos; lo que yo llamo *una esclava*, ella lo llama *una menor*; esa menor, según la ley, esa esclava, según la realidad, es la mujer. El hombre ha cargado de manera desigual los dos platicillos del Código, cuyo equilibrio es importante para la conciencia humana; el hombre ha hecho que todos los derechos caigan de su lado y todos los deberes del lado de la mujer. De ahí proviene un profundo trastorno. De ahí proviene la servidumbre de la mujer. En nuestra legislación actual, la mujer no posee, no

puede comparecer por sí misma ante la justicia¹, no vota², no cuenta, no existe. Hay ciudadanos pero no hay ciudadanas. Es una situación violenta que debe cesar.

Sé que los filósofos avanzan rápido y que los gobernantes avanzan despacio; eso se debe a que los filósofos están en lo absoluto y los gobernantes, en lo relativo; sin embargo, es preciso que los gobernantes terminen por alcanzar a los filósofos. Cuando esa convergencia se produce a tiempo, el progreso se obtiene y se evitan las revoluciones. Si la convergencia se demora, hay peligro.

En muchas cuestiones, en este momento, los gobernantes están en retraso. Vean las vacilaciones de la Asamblea a propósito de la pena de muerte. Y mientras tanto, el cadalso sigue funcionando.

En la cuestión de la educación, de la represión, de lo irrevocable que hay que quitar del matrimonio y de lo irreparable que hay que quitar de la pena³, en la

1 En ese momento, en Francia las mujeres no tenían derecho a entablar acciones sin la autorización de su padre o de su marido (N. del T.).

2 Véase “El sufragio universal”.

3 Victor Hugo se refiere a la necesidad de establecer el derecho al divorcio (la ley fue votada en 1884) y a la abolición de la pena de muerte (N. del T.).

cuestión de la enseñanza obligatoria, gratuita y laica, de la mujer, del niño, es hora de que los gobernantes tomen medidas. Es urgente que los legisladores pidan consejo a los pensadores, que los hombres de Estado, con demasiada frecuencia superficiales, tomen en cuenta el trabajo profundo de los escritores y que quienes hacen las leyes obedezcan a quienes hacen las costumbres. Ese es el precio de la paz social.

Nosotros, filósofos, contempladores del ideal social, no nos cansemos. Continuemos nuestra obra. Estudiemos, bajo todas sus facetas y con una buena voluntad creciente, este conmovedor problema de la mujer, cuya solución resolvería casi por completo la cuestión social en su conjunto. Aportemos al estudio de este problema algo más que la justicia; aportemos la veneración; aportemos la compasión. ¡Cómo! Hay un ser, un ser sagrado, que nos ha formado con su carne, nos ha vivificado con su sangre, nos ha alimentado con su leche, nos ha colmado con su corazón, nos ha iluminado con su alma; y ese ser sufre y ese ser sangra, llora, languidece, tiembla. ¡Ah!, dediquémonos a ella, sirvámosla, defendámosla, socorrámosla, protejámosla. ¡Besemos los pies de nuestra madre!

Dentro de poco tiempo, no lo dudemos, se hará justicia. El hombre, por sí solo, no es el ser humano completo; el hombre más la mujer más el niño, esa

criatura una y triple constituye la verdadera unidad humana. Toda la organización social debe derivar de ahí. Asegurar el derecho del ser humano bajo esta triple forma: tal debe ser la meta de esa providencia de abajo que llamamos *la ley*.

Redoblemos la perseverancia y los esfuerzos. Se llegará, confiemos en ello, a comprender que una sociedad está mal hecha cuando el niño es dejado sin luz, cuando a la mujer se le restringe la iniciativa, cuando la servidumbre se disfraza con el nombre de tutela, cuando la carga es tanto más pesada cuanto más débil es el hombro; y se reconocerá que, incluso desde el punto de vista de nuestro egoísmo, es difícil fundar la felicidad del hombre sobre el sufrimiento de la mujer.

**POR LA GUERRA EN EL
PRESENTE Y LA PAZ
EN EL FUTURO**

BURDEOS, ASAMBLEA NACIONAL, 1 DE MARZO
DE 1871

El Imperio ha cometido dos parricidios: el asesinato de la República en 1851 y el asesinato de Francia en 1871. Durante diecinueve años hemos soportado —no en silencio— el elogio oficial y público del espantoso régimen caído; pero, en medio de los dolores de esta discusión desgarradora, se nos reservaba otro estupor: oír aquí, en esta Asamblea, balbucear la defensa del Imperio ante el cuerpo agonizante de la Francia asesinada (agitación).

No prolongaré este incidente, que está cerrado, y me limito a constatar la unanimidad de la Asamblea...

Algunas voces: “¡Menos cinco!”.

Señores, París, en este momento, está bajo los cañones prusianos; nada ha concluido y París espera;

y nosotros, sus representantes, que durante cinco meses hemos vivido la misma suerte que la ciudad, tenemos el deber de traerles su pensamiento.

Desde hace cinco meses, la París combatiente asombra al mundo; París, en cinco meses de República, ha conquistado más honor del que perdió en diecinueve años de imperio (“¡Bravo, bravo!”).

Esos cinco meses de república han sido cinco meses de heroísmo. París ha hecho frente a toda Alemania; una ciudad ha contenido una invasión; contra diez pueblos coligados, contra ese oleaje de hombres del norte que ya varias veces ha sumergido la civilización, ha luchado París. Trescientos mil padres de familia se improvisaron soldados. Este gran pueblo parisino ha creado batallones, fundido cañones, levantado barricadas, excavado minas, multiplicado sus fortalezas, guardado su muralla; y ha pasado hambre y ha pasado frío; junto a todos los corajes, ha pasado por todos los sufrimientos. Enumerarlos no es inútil: la historia escucha.

¡Sin leña, sin carbón, sin gas, sin fuego, sin pan! Un invierno atroz, el Sena congelado, nieve, hambre, tifo, epidemias, devastación, metralla, bombardeos. París, a esta hora, está clavada en la cruz y sangra por

sus cuatro miembros. Pues bien, esta ciudad a la que ninguna igualará en la historia, majestuosa como Roma y estoica como Esparta, esta ciudad que los prusianos pueden mancillar pero que no han tomado (“¡Muy bien! ¡Muy bien!”), —esta augusta ciudad: París— nos ha dado un mandato que acrecienta su peligro y su gloria: votar contra el desmembramiento de la patria (bravos en los escaños de la izquierda); París ha aceptado para sí las mutilaciones, pero no las quiere para Francia.

París se resigna a su muerte, pero no a nuestro deshonor (“¡Muy bien, Muy bien!”). Y, cosa digna de señalar, por Europa y por Francia París nos ha dado el mandato de alzar la voz. París cumple su función de capital del continente.

Tenemos una doble misión que cumplir: levantar a Francia y advertir a Europa. Sí, la causa de Europa, en este momento, es idéntica a la causa de Francia. Se trata de saber si Europa va a volverse feudal otra vez; se trata de saber si vamos a ser arrojados de un escollo a otro, del régimen teocrático al régimen militar.

Porque, en este fatal año de concilio y de carnicería... (“¡Oh! ¡Oh!”).

Voces a la izquierda: “¡Sí, sí! ¡Muy bien!”.

No creía que pudiera negarse el esfuerzo del pontificado por declararse infalible⁴ y no creo que pueda discutirse este hecho: junto al papa gótico, que intenta revivir, reaparece el emperador gótico⁵ (ruido a la derecha, aprobación en los escaños de la izquierda).

A la derecha: “¡Ese no es el tema!”.

Otro miembro a la derecha: “En nombre de los dolores de la patria, dejemos eso de lado” (interrupción).

El señor presidente: “No tiene usted la palabra. Continúe, señor Victor Hugo”.

Victor Hugo retoma.

4 El Concilio Vaticano había adoptado el 18 de julio de 1870 el dogma de la infalibilidad pontifical, con lo que rompió todo intento de liberalización de la Iglesia católica.

5 El rey de Prusia Guillermo I acababa de ser proclamado emperador de Alemania en Versalles, el 18 de enero. La victoria sobre Francia marcaba la última etapa de un proceso de unificación (sin Austria) bajo la dirección prusiana, liderada por el canciller Bismarck. Aunque apoyada por la opinión pública alemana, esta unificación era fruto de tratos entre soberanos, y el nuevo Estado (llamado Segundo Imperio en honor del Santo Imperio medieval), dominado por la aristocracia y el ejército, ya no era democrático ni liberal. Europa entró desde entonces en un periodo de hegemonía diplomática alemana, al menos hasta el comienzo del siglo XX, marcado por el restablecimiento de la alianza franco-inglesa (N. del T.).

Si la obra violenta a la que ahora se da el nombre de tratado se consuma, si se concluye esta paz inexorable, se acabó el reposo de Europa; va a comenzar el inmenso insomnio del mundo (asentimiento a la izquierda).

Habrà en lo sucesivo en Europa dos naciones temibles: una porque será victoriosa, la otra porque estará vencida (conmoción).

El señor jefe del poder ejecutivo: “¡Es verdad!”.

El señor Dufaure, ministro de Justicia: “¡Es muy cierto!”.

Victor Hugo prosigue.

De esas dos naciones, una, la victoriosa — Alemania—, tendrá el imperio, la servidumbre, el yugo castrense, el embrutecimiento del cuartel, la disciplina hasta en los espíritus, un parlamento templado por el encarcelamiento de los oradores... (agitación).

Esa nación, la nación victoriosa, tendrá un emperador de fábrica militar y a la vez de derecho divino⁶: el César bizantino duplicado por el César germano; tendrá la consigna erigida en dogma, el sable hecho cetro, la palabra amordazada, el pensamiento atado,

6 La guerra lo convirtió en emperador, pero era igualmente rey de Prusia por la gracia divina (N. del T.).

la conciencia de rodillas; ¡sin tribuna! ¡sin prensa!
¡en tinieblas!

La otra, la vencida, tendrá la luz. Tendrá la libertad, la República; tendrá, no el derecho divino, sino el derecho humano; tendrá la tribuna libre, la prensa libre, la palabra libre, la conciencia libre, ¡el alma elevada! Tendrá y guardará la iniciativa del progreso, la puesta en marcha de las ideas nuevas y el patronazgo de las razas oprimidas (“¡Muy bien, muy bien!”). Y, mientras la nación victoriosa —Alemania— baje la frente bajo su pesado casco de horda esclava, ella, la vencida sublime —Francia—, llevará sobre la cabeza su corona de pueblo soberano (agitación).

Y la civilización, enfrentada de nuevo con la barbarie, buscará su camino entre estas dos naciones, de las cuales una ha sido la luz de Europa y la otra será su noche.

De estas dos naciones, la una triunfante y sujeta, la otra vencida y soberana, ¿a cuál hay que compadecer? A ambas.

Alemania puede sentirse feliz y orgullosa con dos provincias más y menos libertad. Pero nosotros la compadecemos; la compadecemos por ese engrandecimiento que encierra tanta degradación; la compadecemos por haber sido un pueblo y no ser ya más que un imperio (“¡Bravo, bravo!”).

Acabo de decir: Alemania tendrá dos provincias más, pero aún no se ha realizado; y añadido: no se realizará jamás. ¡Jamás, jamás! Tomar no es poseer. La posesión supone consentimiento. ¿Acaso Turquía poseía Atenas? ¿Acaso Austria poseía Venecia? ¿Acaso Rusia posee Varsovia? (agitación). ¿Acaso España posee Cuba? ¿Acaso Inglaterra posee Gibraltar? (rumores diversos). De hecho, sí; ¡de derecho, no! (rumor).

Voces a la derecha: “¡Ese no es el tema!”.

Victor Hugo: “¿Cómo que ese no es el tema?”.

A la izquierda: “¡Hable, hable!”.

El señor presidente: “Siga, señor Victor Hugo”.

La conquista es rapiña, nada más. Es un hecho, pero el derecho no nace del hecho. Alsacia y Lorena —¿este sí es el tema?— quieren seguir siendo Francia; seguirán siéndolo pese a todo, porque Francia se llama República y civilización; y Francia, por su parte, no abandonará nada de su deber para con Alsacia y Lorena, para consigo misma, para con el mundo.

Señores, en Estrasburgo, en esa gloriosa Estrasburgo aplastada bajo las bombas prusianas, hay dos estatuas: Gutenberg y Kléber⁷. Pues bien,

7 Nacido en Estrasburgo, general de la Primera República, compañero de combate de Bonaparte en Egipto, donde murió asesinado en 1800 (N. del T.).

sentimos alzarse en nosotros una voz que jura a Gutenberg no dejar ahogar la civilización y que jura a Kléber no dejar ahogar la República (“¡Bravo, bravo!”. Aplausos).

Bien sé que nos dicen: “Soporten las consecuencias de la situación creada por ustedes”. Nos dicen, además: “Resígnense, Prusia les toma Alsacia y una parte de Lorena pero es culpa suya. ¿Para qué la atacaron? Prusia no les hizo nada; Francia es culpable de esta guerra y Prusia es inocente”.

¡Prusia inocente!... Hace más de un siglo que asistimos a los actos de Prusia, de esa Prusia que, se dice, hoy no es culpable. Ha tomado... (ruido en algunas partes de la sala).

El señor presidente: “Señores, guarden silencio. El ruido interrumpe al orador y prolonga la discusión”.

Victor Hugo: “Es sumamente difícil hablar a la Asamblea si no quiere dejar al orador terminar su discurso”.

De todos lados: “¡Hable! ¡Hable! ¡Continúe!”.

El señor presidente: “Señor Victor Hugo, las interpelaciones no tienen el sentido que usted les atribuye”.

Victor Hugo retoma.

He dicho que Prusia carece de derecho. Los prusianos son vencedores, ¿pero dominarán a Francia?

¡No! En el presente, quizá; en el porvenir, ¡jamás!
 (“¡Muy bien! ¡Bravo!”).

Los ingleses conquistaron Francia: no la conservaron; los prusianos cercan a Francia: no la poseen. Toda mano extranjera que agarre este hierro candente —Francia— lo soltará. Esto se debe a que Francia es algo más que un pueblo. Prusia pierde su esfuerzo; su empeño salvaje será inútil.

¿Se imagina uno algo semejante a esto: la supresión del porvenir por el pasado? Pues bien, suprimir a Francia por Prusia es el mismo sueño. ¡No! ¡Francia no perecerá! ¡No! ¡Por mucha que sea la cobardía de Europa, no! Bajo tanto agobio, bajo tanta rapiña, bajo tantas heridas, bajo tantos abandonos, bajo esta guerra infame, bajo esta paz pavorosa, ¡mi país no sucumbirá! ¡No!

El señor Thiers, jefe del poder ejecutivo: “¡No!”.

De todas partes: “¡No! ¡no!”.

No votaré esta paz, porque, ante todo, hay que salvar el honor del país; no la votaré porque una paz infame es una paz terrible. Y, sin embargo, quizá tendría a mis ojos un mérito: que tal paz ya no es la guerra, pero es el odio (agitación). ¿El odio contra quién? ¿Contra los pueblos? ¡No! ¡Contra los reyes! Que los reyes cosechen lo que han sembrado. Adelante, príncipes: ¡mutilen, corten, cercenen,

roben, anexionen, despedacen! Ustedes crean el odio profundo; indignan la conciencia universal. La venganza fermenta: la explosión será proporcional a la opresión. Todo lo que Francia pierda, lo ganará la Revolución (aprobación en los escaños de la izquierda).

¡Oh! Llegará el momento —lo sentimos venir—, ese desquite prodigioso. Oímos ya nuestro triunfante porvenir avanzar a grandes pasos en la historia. Sí, mañana va a comenzar; desde mañana Francia no tendrá más que un pensamiento: recogerse, reposar en la sombría ensoñación de la desesperación; recobrar fuerzas; criar a sus hijos, nutrir de santas iras a esos pequeños que serán grandes; forjar cañones y formar ciudadanos, crear un ejército que sea un pueblo; llamar a la ciencia en auxilio de la guerra; estudiar el procedimiento prusiano como Roma estudió el procedimiento púnico⁸; fortalecerse, afianzarse, regenerarse, volver a ser la gran Francia, la Francia del 92, la Francia de las ideas y de la espada (“¡Muy bien! ¡Muy bien!”).

8 Alusión a los cartaginenses y a la guerra que los opuso a Roma entre los siglos III y II a. de C, de la que esta última resultó victoriosa (N. del T.).

Luego, de pronto, un día, ¡se alzaré! ¡Oh! Será formidable: se la verá, de un salto, recobrar Alsacia y Lorena.

¿Eso es todo? ¡No! ¡No! Se apoderará —escúchenme— de Tréveris, Maguncia, Colonia, Coblenza...

En varios escaños: “¡No! ¡no!”.

Victor Hugo, de nuevo: “Escúchenme, señores, ¿con qué derecho la Asamblea francesa interrumpe la explosión del patriotismo?”.

Varios miembros de la Asamblea: “¡Hable! ¡Concluya!”.

Veremos a Francia erguirse, recuperar Lorena, recuperar Alsacia (“¡Sí! ¡Sí! ¡Muy bien!”). Y luego, ¿eso es todo? No... apoderarse de Tréveris, Maguncia, Colonia, Coblenza, de toda la orilla izquierda del Rin... Y se oirá a Francia clamar: “¡Es mi turno! ¡Alemania, aquí me tienes! ¿Soy tu enemiga? ¡No! Soy tu hermana” (“¡Muy bien! ¡Muy bien!”). “Te lo he retomado todo y te lo devuelvo todo, con una condición: que no seamos ya más que un solo pueblo, una sola familia, una sola República” (movimientos varios). “Voy a demoler mis fortalezas, tú vas a demoler las tuyas. ¡Mi venganza es la fraternidad!” (a la izquierda: “¡Bravo! ¡Bravo!”). “¡No más fronteras! ¡El

Rin para todos⁹! Seamos la misma República, seamos los Estados Unidos de Europa, seamos la federación continental, seamos la libertad europea, seamos la paz universal. Y ahora estrechémonos la mano, porque nos hemos prestado un servicio la una a la otra: tú me has librado de mi emperador y yo te libero del tuyo” (“¡Bravo! ¡Bravo!”. Aplausos).

El señor Tachard: “Señores, en nombre de los representantes de esas provincias desdichadas cuyo destino se discute, vengo a explicar a la Asamblea la interrupción que nos hemos permitido en el mismo momento en que todos estábamos sin aliento, escuchando con entusiasmo la elocuente palabra que nos defendía. Esos dos nombres de Maguncia y de Coblenza fueron pronunciados no hace mucho por una boca que no era tan noble ni tan honesta como la que acabamos de oír¹⁰. Esos dos nombres nos han perdido; por ellos sufrimos la triste suerte que nos espera. Pues bien, no queremos sufrir más por esa

9 Anexada por Francia durante la Revolución y el Primer Imperio, la orilla izquierda del Rin fue durante mucho tiempo reivindicada por los patriotas franceses (N. del T.).

10 Napoleón III le había pedido la orilla izquierda de Rin a Prusia a cambio de su neutralidad en el conflicto austroprusiano, lo que indignó a los nacionalistas alemanes, que reclamaban a su vez Alsacia y Lorena (N. del T.).

palabra y por esa idea. Somos franceses, señores, y para nosotros, no hay más que una patria: Francia, sin la cual no podemos vivir (“¡Muy bien! ¡Muy bien!”). Pero somos justos porque somos franceses y no queremos que se haga a otros lo que no querríamos que se nos hiciera” (“¡Bravo!”. Aplausos).

CONGRESO DE LA PAZ: DISCURSO DE CLAUSURA

LAUSANA, 17 DE SEPTIEMBRE DE 1869

Ciudadanos:

Mi deber es cerrar este congreso con una palabra final. Procuraré que sea cordial. Ayúdenme.

Ustedes conforman el congreso de la paz, es decir, de la conciliación. A este propósito, permítanme recordar algo.

Hace veinte años, en 1849, hubo en París lo que hoy hay en Lausana: un congreso de la paz. Fue el 24 de agosto, fecha sangrienta, aniversario de la noche de San Bartolomé¹. Dos sacerdotes, representantes de las dos vertientes del cristianismo, estaban allí: el

¹ San Bartolomé alude a una noche sangrienta en la que murieron numerosos protestantes en París (24 de agosto de 1572) (N. del T.).

pastor Coquerel y el abate Deguerry². El presidente del congreso —quien tiene el honor de hablarles en este momento— evocó el funesto recuerdo de 1572 y, dirigiéndose a los dos sacerdotes, les dijo: “¡Abrácense!”.

Ante el recuerdo de esa fecha siniestra, entre las aclamaciones de la asamblea, el catolicismo y el protestantismo se abrazaron (aplausos).

Hoy nos separan apenas unos días de otra fecha, tan ilustre como infame la primera: estamos *ad portas* del 21 de septiembre. Ese día se fundó la república francesa y, del mismo modo que el 24 de agosto de 1572, el despotismo y el fanatismo dijeron su última palabra: “Exterminio”, y el 21 de septiembre de 1792 la democracia lanzó su primer grito: “¡Libertad, igualdad, fraternidad!”³ (“¡Bravo! ¡Bravo!”).

Pues bien, ante esa fecha sublime, recuerdo a esas dos religiones representadas por dos sacerdotes que se abrazaron y pido otro abrazo. Este es más fácil y no se propone hacernos olvidar. Pido el abrazo de la república y del socialismo (largos aplausos).

2 Figuras religiosas parisinas del siglo XIX que simbolizan la conciliación católico-protestante (N. del T.).

3 Proclamación de la Primera República francesa (N. del T.).

Nuestros enemigos dicen: “El socialismo, llegado el caso, aceptaría el imperio”. No es así. Nuestros enemigos dicen: “La república ignora al socialismo”. No es así.

La fórmula definitiva que acabo de recordar (“¡Libertad, igualdad, fraternidad!”), al tiempo que expresa toda la república, expresa también todo el socialismo.

Junto a la libertad, que implica la propiedad, está la igualdad, que implica el derecho al trabajo —¡magnífica fórmula de 1848!— (aplausos), y está la fraternidad, que implica la solidaridad.

Así pues, república y socialismo son una sola cosa (“¡Bravo! ¡Bravo!”).

Yo —que les hablo, ciudadanos— no soy lo que antaño se llamaba *un republicano de ayer*; pero sí soy un socialista de antier. Mi socialismo data de 1828. Tengo, por tanto, derecho a hablar del tema.

El socialismo es vasto y no estrecho. Se dirige a todo el problema humano. Abraza la concepción social entera. Al mismo tiempo que plantea la importante cuestión del trabajo y del salario, proclama la inviolabilidad de la vida humana, la abolición del homicidio bajo todas sus formas, el resurgimiento del interés por la educación, maravilloso problema

resuelto (“¡Muy bien!”). Proclama la enseñanza gratuita y obligatoria. Proclama el derecho de la mujer, igual del hombre (“¡Bravo!”). Proclama el derecho del niño, responsabilidad del hombre. (“¡Muy bien!”. Aplausos). Proclama, en fin, la soberanía del individuo, que es idéntica a la libertad.

¿Qué es todo eso? Es el socialismo. Sí. ¡Y es también la república! (largos aplausos).

Ciudadanos: el socialismo afirma la vida, la república afirma el derecho. Aquel eleva al individuo a la dignidad de hombre; esta eleva al hombre a la dignidad de ciudadano. ¿Cabe acuerdo más profundo?

Sí, todos estamos de acuerdo: no queremos César y yo defiendo al socialismo calumniado.

El día en que la cuestión se planteara entre esclavitud con bienestar —*panem et circenses*—, de un lado y, del otro, libertad con pobreza, ¡no habría uno solo, ni en las filas republicanas ni en las socialistas, no habría uno que dudara! Y todos —lo declaro, lo afirmo, me hago responsable—, todos preferirían al pan blanco de la servidumbre el pan negro de la libertad (bravos prolongados).

Así pues, no dejemos asomar y germinar el antagonismo. Estrechémonos, hermanos socialistas, hermanos republicanos, estrechémonos fuertemente

en torno a la justicia y a la verdad y hagamos frente al enemigo (“¡Sí, sí! ¡Bravo!”).

¿Quién es el enemigo?

El enemigo es más y es menos que un hombre (agitación). Es un conjunto de hechos horribles que pesa sobre el mundo y lo devora. Es un monstruo de mil garras, aunque tenga solo una cabeza. El enemigo es esa encarnación siniestra del viejo crimen militar y monárquico que nos amordaza y nos expolia, que pone la mano sobre nuestras bocas y en nuestros bolsillos, que tiene los millones, que tiene los presupuestos, los jueces, los sacerdotes, los criados, los palacios, las listas civiles, todos los ejércitos... y ni un solo pueblo. El enemigo es lo que reina, gobierna y agoniza en este momento (profunda conmoción).

Ciudadanos, seamos enemigos del enemigo y amigos entre nosotros. Seamos un solo ánimo para combatirlo y un solo corazón para amarnos. ¡Ah, ciudadanos: fraternidad! (Aclamación).

Una palabra más para terminar.

Miremos hacia el porvenir. Pensemos en el día certero, inevitable, quizá próximo, en que toda Europa esté constituida como este noble pueblo suizo que nos acoge hoy. Este pequeño pueblo tiene sus

grandezas, tiene una patria que se llama la *República* y tiene una montaña que se llama la *Virgen*.

Tengamos, como él, a la República por ciudadela y que nuestra libertad, inmaculada e inviolada sea, como la Jungfrau, una cima virgen a plena luz⁴ (aclamación prolongada).

Saludo a la revolución futura.

4 Jungfrau ‘la Virgen’: pico alpino suizo; en alemán *Jungfrau* ‘doncella/virgen’. Se asocia a los conceptos de pureza y altura (N. del T.).

ÍNDICE

La libertad de enseñanza	9
El sufragio universal	33
La mujer	61
Por la guerra en el presente y la paz en el futuro	65
Congreso de la paz: discurso de clausura	79



PALABRAS PARA LA DEMOCRACIA: SELECCIÓN DE ENSAYOS hace parte de la Colección Sinfonía. Para su composición se usaron fuentes de la familia Kristal. Su cuidado estuvo a cargo del Grupo de Publicaciones, responsable del sello Editorial ESAP, y se imprimió en la Imprenta Nacional de Colombia.

Otros títulos de la ESAP

COLECCIÓN SUPERIOR

Democratización de la administración pública en los territorios: Propuestas para construir la participación y el bienestar de la ciudadanía | Noel Bravo Cárdenas (2025)

La sociología de Fals Borda: Estudio introductorio | Miguel Borja (2025)


LA ESAP LE PROPONE AL PAÍS

Cátedra para la paz: Ideas y debates para una educación pública transformadora | Diego Andrés Guevara Fletcher y José Francisco Puello-Socarrás (eds.) (2026)



@esapoficial

www.esap.edu.co



Las palabras de Victor Hugo recogidas en este volumen de la Colección Sinfonía fueron pronunciadas en agitados debates de la Francia del siglo XIX, en los que defendió la soberanía del pueblo. Con su traducción y publicación, la ESAP destaca la fertilidad de los asuntos nacionales actuales para suscitar la reflexión de la sociedad civil. Partimos de la idea de que una democracia real requiere —antes que una participación masiva— pensamiento crítico, preguntas y, sobre todo, la disposición general para un diálogo tolerante y constructivo.

